

Huellas sobre la tierra

La Cooperativa de Producción Agropecuaria (CPA) Bernardo Díaz Guerra, de Cifuentes, con Yamilé Fernández Báez en su presidencia, retiene lauros productivos y económicos que la ubican entre las más destacadas del país.



Yamilé Fernández Báez, una campesina devenida inspiradora de las transformaciones del asentamiento comunitario de su municipio.



El fomento de plantaciones cañeras, a pesar de la parada momentánea de los ingenios azucareros, no se detiene en predios de Cifuentes.

Texto y fotos: Luis Machado Ordets

No importa que hombres y mujeres, con brazos extendidos, en tiempos de sequía extrema miren al cielo para invocar lluvias que abonen la tierra y traigan mayores cosechas agropecuarias. En definitiva, allí, por la nulidad de las precipitaciones, todos los cultivos transitan por sistemas artificiales de riego de agua.

No obstante, en ningún momento del año se aprecia allí un rostro amilanado ante tal contingencia, que, desde hace un tiempo, también incluye escasez de fertilizantes o combustibles definitivos en el impulso de los rendimientos agrícolas.

Eso se distingue en Tajadora, próximo a Cifuentes, donde del ámbito comunitario los campesinos se adentran y salen diariamente de las plantaciones de caña de azúcar, cultivos varios y de diversificación ganadera, que incluye vacunos, cerdos...

Allí tiene Yamilé Fernández Báez su anclaje laboral para impulsar, desde el ejemplo, guataca en mano, un pródigo surco. Ella preside la Cooperativa de Producción Agropecuaria (CPA) Bernardo Díaz Guerra, ubicada entre las más destacadas y eficientes de su tipo en el país.

En el Año Internacional de la Mujer Agricultora, declarado en 2026 por la Organización de las Naciones Unidas, conversé con ella semanas atrás acerca del desempeño femenino en sistemas agroalimentarios que inciden en la producción y comercialización de las cosechas y la resiliencia económica.

Aseguró, primero: «Los méritos económicos y productivos responden a los esfuerzos diarios de 70 hombres y mujeres en Tajadora desde hace muchos años, después de tocar fondo y a punto de que en 2012 la organización campesina se disolviera. Entonces, ya aquí decidimos impulsar una batalla contra el marabú, el principal patrimonio de esa época, para avivar los cultivos y lo que todos debemos echar al suelo: trabajo diario. Así salimos adelante como cañeros diversificados, en un tránsito en el cual hombres y mujeres, por sus resultados productivos y desempeños, se miden con similar vara para la estimulación salarial, material y espiritual».

—Año duro, sin producción azucarera y de ingenios paralizados...

—¡Durísimo! El 62.5 % de las 1200 hectáreas de fondo de tierra está concentrado en el cultivo cañero. La maquinaria de corte y transportación se remodeló en tiempo para suministrar al ingenio Héctor Rodríguez, de Sagua la Grande, unas 12 000

Una garantía en el desarrollo comunitario parte de los esfuerzos que despliegan los campesinos en las áreas de cultivo y crianza de animales.



Guataca en mano, hombres y mujeres se funden en la siembra y las labores culturales en las plantaciones cañeras.



toneladas métricas. De esas ventas obtendríamos unos 60 millones de pesos. Ante la paralización de las industrias decidimos buscar otros mercados para evitar pérdidas económicas mayores. Caña quedada en los campos no da rendimientos y mucho menos ganancias: con las guaraperas de las cercanías encontramos clientes, y logramos 27 contratos para abastecer de materia prima que garantice ese tipo de bebida refrescante, o elaborar melado, raspaduras y dulces caseros.

«Al principal cultivo no le quitamos el pie, con renovación de campos, atenciones culturales y empleo sistemático de labores manuales y con bueyes. Aquí disponemos de 8 caballerías (107.36 ha) con siembras de yuca, calabaza, boniato y plátano, entre otras plantaciones, para asegurar no solo la alimentación de los asociados, sino también de unos 720 residentes en la comunidad. Igualmente hacemos aportes a los mercados de la municipalidad y centros asistenciales. Eso es parte también de nuestra responsabilidad productiva.

«El pasado año se plantaron 80.5 hectáreas (6 caballerías) de arroz en la costa. Hoy, las dificultades en el abastecimiento de combustibles, lubricantes y piezas de repuesto para la maquinaria encargada de la preparación de suelos, redujeron el crecimiento de superficie y solo dejamos en fomento un 50 % de esa área para, al menos,

responder al autoabastecimiento indispensable del cereal.

«Años atrás realizamos a un extenso periplo por áreas agropecuarias que atienden estos campesinos, y entre los resultados productivos siempre destacaron las rutas por la recuperación de los cultivos varios como fuente principal de alimentación de los residentes en la comunidad. Los cañaverales exhibían rendimientos superiores a las 60 t/ha, válidos para la obtención de sucesivos galardones entre sus homólogas del país».

Hoy, ante las adversidades para consolidar plantaciones con agregados de insumos químicos o el empleo de maquinaria agrícola, apelan al machete, la guataca y los bueyes para reforzar la lucha contra las malezas en los sembrados y la reposición de áreas destinadas a futuras cosechas cañeras. De ahí otra pregunta:

—¿Cómo están los rendimientos cañeros?

—Es nuestro cultivo principal y una razón de existencia económica. Ahora no obtuvimos el monto de dinero deseado. No quedó otra opción que asumir el corte manual, limpiar y entongar la caña que luego comercializamos en guaraperas. Las pérdidas por ese concepto se atenúan y dejan sus dividendos. También hicimos un gran esfuerzo para evitar daños de animales en los sembrados de cultivos varios.



Durante el Día del Campesino, celebrado en mayo pasado, la cooperativa de Cifuentes, en Villa Clara, trascendió por sus resultados económicos y productivos.

Sin embargo, los rendimientos estimados rebasan las 55 t/ha, catalogados de positivos entre plantaciones similares en el país.

«Como parte de la diversificación agropecuaria, desde hace un tiempo sembramos ajonjolí, una planta de semillas oleaginosas que, por cada quintal en proceso industrial, permite obtener 24 litros de aceite comestible, empleado en el comedor o el consumo familiar. Se trata de un cultivo poco exigente en nutrientes y contribuye a alejar plagas y enfermedades en otros sembrados; además, deja humedad residual, fija nitrógeno y favorece la fertilidad del suelo para la rotación de posteriores sembrados.

«En la ganadería vacuna, por difícil que sea la situación económica del país, hay una responsabilidad colectiva para el mejoramiento genético de la masa, su crecimiento, así como para garantizar el suministro de leche diaria a los niños y casos sociales de la comunidad.

«En mayo pasado la organización campesina arribó a su aniversario 44 y, aunque por diversas razones llevamos dos años sin entregar caña a un ingenio, aquí nada se detiene en atenciones culturales a todos los cultivos, ya sean de rotación o permanentes. Esa es la razón para sostener indicadores de eficiencia y rentabilidad económica, y alcanzar metas propuestas para la satisfacción creciente del 95 % de las necesidades materiales de los asociados, además de propulsar la satisfacción espiritual entre todos los miembros de la comunidad», refirió por último.

En Yamilé, la presidenta de la CPA, a quien la nombran con el cariñoso apodo de la Rubia, hay un puntal de la agricultora que coloca los pies sobre los surcos para encontrar fertilidad en el suelo que abona en cada pisada sobre la tierra.